



CORBIS

El precio del autoconocimiento

¿Nos depara la investigación del cerebro con su nueva imagen naturalista del hombre el fin de la religión? El autor aborda la cuestión desde una filosofía materialista

Thomas Metzinger

El conocimiento tiene un precio. Sobre todo si lo alcanzan las ciencias empíricas del espíritu humano. Nos movemos sobre una interpretación radicalmente nueva de eso que se dice ser hombre. ¿Quizá no estemos dotados de una voluntad libre, como opina más de un neurólogo? ¿Tal vez no haya ningún hilo conductor, ningún auténtico núcleo individual, que constituya el anclaje interno de nuestra personalidad y permanezca estable a

través del tiempo? Y si existe en verdad algo así como el correlato neuronal de la conciencia, resulta difícil imaginar que puedan darse experiencia, pensamiento y sentimientos después de la muerte del correspondiente organismo. Desde un enfoque lógico sigue siendo, por supuesto, posible, pero desde el empírico es cada vez menos plausible. El alma inmortal no serviría, pues, para mucho. Nos deberíamos tener por seres radicalmente mortales.

¿Qué nos cuestan estos conocimientos? En primer lugar, hemos de pagar un

“precio emocional”: la humillación que acompaña al descubrimiento del nuevo saber sobre nosotros mismos. La propia evolución cultural aparece de pronto como parte de la naturaleza. Y mucho de lo que nos constituye como humanos y nos distingue de los demás seres vivos, deriva directamente de nuestra biología. Una biología que puede degradarse presto, como demuestra la neurología moderna: bastan mínimas lesiones cerebrales para provocar graves deficiencias, que nos roban, de momento, nuestra dignidad de seres racionales e incluso la conciencia.



SCHAPOWALOW

El hombre es un ser vulnerable. Somos distintos de como habíamos creído durante mucho tiempo: no podemos cambiar, de la noche a la mañana, buena parte de las características que definen a nuestra personalidad, la estructura interna del modelo de nosotros mismos o automodelo. Además, somos seres racionales con limitaciones. La evolución de nuestros cerebros, al parecer, no nos ha optimizado hacia la capacidad de una felicidad permanente. La consecuencia de esa gavilla de conocimientos de las ciencias neurológicas es una incomodidad difusa. Nos sentimos desconcertados e inseguros en muchas de nuestras opiniones sobre nosotros mismos.

Todos estamos solos

Además del precio sentimental, los conocimientos de las ciencias neurológicas nos obligan a anotar otro precio socio-cultural. Un peligro insurgente podría consistir en que se extendiera entre la población un materialismo ramplón, en una especie de obediencia precipitada mucho antes de que se aclarasen concluyentemente las cuestiones disputadas.

Imagínese que cada vez son más los que se dicen a sí mismos: *Yo no entiendo los detalles de lo que pretenden explicarnos estos neurólogos y filósofos de la naturaleza, pero lo esencial parece estar muy claro, a saber, que los humanos no somos más que ego-máquinas producto de la evolución, bioautómatas*

sin alma sobre un planeta solitario en un universo frío y vacío. El proceso que nos ha generado, junto con todas nuestras cualidades psicológicas, fue producto del azar, no sabía de objetivos ni de dones. No hay vida después de la muerte ni tampoco —¿no lo había dicho ya Woody Allen?— una “entrega de premios para los buenos trabajos de actores y actrices”. En último término, cada cual está solo. He captado y entendido este mensaje y adaptaré mi vida en consecuencia. Lo más prudente será procurar que no se me note nada de cara afuera, y seguir actuando como si siguiera creyendo en los ideales humanistas y en los viejos valores morales...

Toda humillación o injuria va acompañada de una merma de la autoestima. Cuando esto les pasa a muchas personas a la vez, el riesgo acecha; puede conducir, por ejemplo, a una huida hacia el fundamentalismo. La búsqueda de una nueva seguridad emocional podría llevar a un robustecimiento del fundamentalismo religioso, a la añoranza de sociedades cerradas con normas inflexibles o a un regreso allende la herencia política de la Ilustración. Resulta apremiante, pues, que, en medio de todos los conocimientos mortificantes, no perdamos la autoestima. Si, a pesar de todo, somos seres morales y racionales, que podemos trascender nuestra propia limitación, tendremos que demostrarlo a través de una buena filosofía y de la moderna neuroética.

1. CON LA MUERTE DE UN HUMANO, su cerebro deja también toda actividad.

Un vacío ideológico

El desmoronamiento definitivo (provocado por la investigación del cerebro) de la imagen metafísica del hombre, con su doble naturaleza de ser corporal y espiritual, dejará tras sí un vacío filosófico e ideológico. Sea cual sea la postura que se tenga respecto a la cosmovisión cristiana, nadie puede negar que la imagen occidental del hombre y la moral cristiana (a pesar de todas las discrepancias de pareceres morales) han proporcionado, a lo largo de los últimos 2000 años, en la vida cotidiana el consenso básico mínimo dentro de nuestra cultura occidental. Hasta hoy, constituyen una garantía determinante de la cohesión de nuestra sociedad.

Y hay un dato claro: ni las neurociencias ni las ciencias cognitivas pueden llenar el vacío que ellas mismas han provocado. Necesitamos, pues, un contexto cultural distinto que nos permita integrar de forma racional los nuevos conocimientos sobre el hombre y sobre las posibilidades de actuación que de aquéllos se infieran. Si no lo consiguiéramos, avanzamos hacia una crisis histórico-espiritual de imprevisibles consecuencias para la sociedad.

La imagen común del ser humano es uno de los fundamentos de nuestra cultura. Su singularidad reside en que influye, de manera sutil, aunque eficiente, en nuestra comunicación rutinaria con los demás y en la percepción de nosotros mismos. Por eso necesitamos también, como parte de la neuroética, una suerte de "valoración de las consecuencias antropológicas". Precisamos respuestas razonables a dos cuestiones diferentes, descriptiva una y normativa

la otra: ¿cómo es el hombre a la luz del estado actual del saber? Y ¿cómo *deberá ser* el hombre en el futuro?

La cuestión fundamental de la antropología descriptiva concierne a las "constantes antropológicas": ¿Qué cualidades son compartidas por todos los humanos? No es tema baladí. Nunca se nos ha preguntado si queremos vivir, ni, menos aún, si estamos dispuestos a morir. A ninguno de nosotros se le preguntó si quiere vivir con *esta* combinación de genes y con *este* cuerpo o con *este* cerebro y con *este* tipo particular de conciencia.

Parece como si nosotros fuéramos ego-máquinas biológicas sin alma inmortal. Con todo, nuestro cerebro produce un automodelo fenoménico, que, en el curso de la evolución, se ha formado con su estructura motivacional y con todas sus componentes emocionales y nos ha conferido una inteligencia ventajosa frente a los demás organismos. El proceso ciego, que ha generado nuestros cuerpos, nuestros cerebros y nuestro automodelo consciente, no estaba encaminado a un fin, sino impulsado por variación y selección.

Somos fotocopias de genes que hemos desarrollado la capacidad de cognición consciente, que hemos creado grandes sociedades y fantásticos entornos culturales que, a su vez, repercuten en nuestro automodelo y le van añadiendo constantemente nuevos estratos. Desde las primeras pinturas rupestres hemos empezado a exteriorizar los contenidos de nuestra mente, con el fin de que repercutan en nuestros congéneres. A este proceso le llamamos historia de las ideas. Un proceso que, por lo que

parece, no viene inducido por intención alguna. En última instancia, se trata del resultado de fenómenos de autoorganización, ciegos y dirigidos hacia arriba, que llevaron a niveles, siempre nuevos, de complejidad.

Vivimos, por supuesto, con la impresión consciente de estar dotados de una voluntad libre. Nos sabemos agentes deliberantes cuando nos ocupamos de ciencia y filosofía. Pero aparecen los primeros neurólogos, que nos explican cómo esa misma vivencia, ese saberse, podría ser el resultado de un proceso sin yo de la autoorganización dinámica en nuestros cerebros, socialmente asentados y acoplados unos con otros. Este enfoque constituye un ejemplo paradigmático de aquello en que consiste el núcleo del giro naturalista a propósito de la imagen del hombre: hasta los fenómenos mentales se explican *desde abajo*, es decir, desde las ciencias de la naturaleza, sin recurrir a causas extramundanas o sobrenaturales; sin raíces divinas y sin objetivos.

Yo no sé cómo se siente el lector. A mí, la nueva imagen resultante sobre el hombre se me antoja casi vergonzante. Unos seres que ansían ser inmortales, van descubriendo poco a poco que son ego-máquinas sin alma. No hay ningún motivo para glorificar la evolución: ha sacrificado a millones de antepasados biológicos nuestros. El proceso nos ha conferido sentimientos e intereses, pero no los tiene en cuenta.

El desgarramiento subjetivo en el automodelo

Imperativos biológicos —mantener el deseo desesperado de sobrevivir y la propia existencia— se fueron grabando en el cerebro en el transcurso de millones de años. Mas, al mismo tiempo, nuestro nuevo automodelo cognitivo nos dice que todos nuestros intentos de acomodarnos a estos imperativos serán al final en vano: a todos nos espera la muerte en el último recodo de nuestra existencia. Queremos retener la vida, pero hemos de ir reconociendo que se trata de un deseo irrealizable. La radical mortalidad no es, pues, sólo un hecho objetivo, sino un desgarramiento subjetivo, una herida abierta en nuestro automodelo. Los componentes antiguos se hallan en constante conflicto, por así decir, con los nuevos.

Este profundo conflicto existencial está instalado en nuestro automodelo emocional y parece como si fuéramos los primeros seres sobre este planeta que también podemos vivirlo conscientemente; de hecho, se nos puede describir

Resumen / Cómo es el hombre y cómo debe ser

- Las neurociencias se disponen a completar el giro naturalista en la imagen mohosa del hombre. Así pues, todas nuestras facultades mentales se hallan indisolublemente ligadas a cerebros aptos para funcionar. Ello hace, por ejemplo, extremadamente inverosímil la persistencia del pensar y sentir después de la muerte del organismo.
- Para un hombre individual, este enfoque suele albergar un malestar difuso y una ofensa a la autoestima. A la sociedad como un todo le amenaza posiblemente un materialismo vulgar que se va extendiendo. Se halla ante un vacío antropológico y moral.
- Para que no se llegue a una pérdida de la solidaridad de graves consecuencias en la población, a un irracionalismo y a unos movimientos de fuga fundamentalistas, la neuroantropología descriptiva, que se pregunta cómo es el hombre, debe completarse con una neuroantropología normativa. Esta ha de proporcionar un consenso sólido sobre cómo *debe* ser el hombre. Sólo así se conservaría la cohesión de la sociedad y la paz social, incluso después de un "giro naturalista".



como seres que pasan la mayor parte de su vida intentando *no* vivir conscientemente ese conflicto. Quizás hasta esta característica de nuestro automodelo nos hace religiosos, pues el automodelo *es*, en el fondo, el ansia de inmortalidad. Ha surgido en la evolución como un instrumento que ha de mantener la integridad del organismo, su cohesión interna. Es el intento permanente de hallarse *a salvo*. Por eso, en el *Homo sapiens* reflexivo y existencialmente inseguro se genera la tentación permanente de sacrificar la honradez intelectual en favor de la seguridad emocional, el sentido crítico de la realidad en beneficio de las bellas sensaciones. Y con la Iglesia y la teología se da toda una industria de la cosmovisión que, desde hace siglos, aprovecha este hecho para sus propios fines de supervivencia y poder.

¿Felicidad duradera? ¡No con este cerebro!

Hay otras constantes antropológicas: nuestro automodelo emocional nos permite *sentirnos* conscientes. Nos lleva hacia adelante en el permanente intento de sentirnos *bien*, de encontrar estabilidad, protección y seguridad emocional.

Somos sistemas biológicos, que están condenados a tender a la felicidad; que han de procurar sentirse tan bien como sea posible; sólo que, lamentablemente, el sistema de recompensa de nuestro cerebro y nuestro tipo de automodelo emocional no permiten ninguna forma estable de sentirse bien.

Cierto es que los automodelos conscientes trasladaron la experiencia de placer y satisfacción al universo físico, a un lugar donde algo así no existía antes. Con todo, la evolución psicológica no nos ha optimizado en la dirección de una capacidad permanente de felicidad. Al contrario: nos ha colocado en la "rutina hedónica diaria", que es impulsada por el constante intento de experimentar satisfacción y placer, de eludir la depresión y el dolor. Y así nos desenvolvemos en un movimiento incesante: el trajín hedónico diario (en forma de sistemas de recompensa en nuestro cerebro) es el motor que la madre naturaleza nos ha instalado. Podemos descubrir en nosotros su estructura, pero no está claro que podamos algún día sustraernos de ella. En cierto sentido, *somos* esa estructura. El ego *es* el trajín hedónico diario.

2. VIVIR, SENTIR, RECORDAR son resultado de procesos cerebrales. Cuanto mejor entiendan los neurocientíficos estos procesos, tanto más ajustado será el espacio de lo transempírico.



Somos también "animales políticos". Todos nos deseamos una paz duradera, si bien la nuestra es una historia de guerras y de un incesante derramamiento de sangre. Con frecuencia tienen que ver con sistemas religiosos en competencia; es decir, precisamente con el propósito de alcanzar una paz interior y de superar, por medio de una fe, la humillación existencial antes mencionada.

La desesperada búsqueda de una seguridad emocional crea una profunda inseguridad. Sin embargo, no basta la comprensión teórica del fenómeno para terminar con la rebelión persistente sobre nuestro planeta, a la que llamamos historia. La nueva imagen del hombre nos describe como seres conscientes que buscan entornos sociales estables y amigables, si bien, a causa de su estructura emocional, sólo pueden crearlos a pequeña escala, a saber, en el ámbito de la familia y parentela. Nos muestra como seres en quienes están instalados el egoísmo y la envidia, la competitividad y el persistente engaño.

El yo consciente es el producto de lo que el filósofo Andy Clark, de la Universidad de Edimburgo, ha llamado una "carrera armamentística cognitiva". Por eso, nuestro automodelo es algo así como la competición cristalizada sobre un nivel nuevo de la evolución. Fue, además, un instrumento importante en la cognición social. Nos permite adivinar las intenciones de nuestro vecino. Pues una de sus mayores ventajas funcionales es poder ponernos en la situación de nuestros congéneres. Para engañarlos.

Suprasensorial, hecho por uno mismo

O tal vez también a nosotros mismos. Dado que nuestra ínsita necesidad existencial de seguridad emocional nunca se puede satisfacer en el mundo físico ni en el social, propendemos a ideas peregrinas y a sistemas extravagantes de creencias. Parece como si la evolución psicológica nos hubiera provisto de una fuerte tendencia a satisfacer nuestra necesidad afectiva de estabilidad y sentido con la creación de mundos metafísicos y personas invisibles.

Ello abre una perspectiva nueva de la evolución de la creencia religiosa. Es lo opuesto a la espiritualidad: mientras la espiritualidad se ocupa de ver qué es abandonar la búsqueda de la seguridad emocional y asumir la responsabilidad de la propia vida, se puede ver la creencia religiosa más bien como un inten-

to de quitarse de encima precisamente esta responsabilidad y crear un túnel de realidad totalmente nuevo, una nueva forma de experiencia consciente. La fe religiosa se presenta, pues, como una estrategia genial, con frecuencia muy robusta y eficaz, de diseñar la propia vivencia subjetiva. Sea lo que sea lo que quedara aún por decir (y, por supuesto, es mucho): la fe, la religión organizada y el rastro de sangre, que hasta hoy las ha arrastrado a lo largo de la historia de la humanidad, siguen siendo también el intento de generar una realidad fenoménica, en la que se reinterpreta en sus fundamentos todo lo que nos sucede en la vida.

Igual que se pueden considerar las alucinaciones psiquiátricas como el intento desesperado del cerebro, ante una crisis grave, por generar, sin embargo, un modelo de realidad nuevo, coherente y que, en cierto modo, funcione, así se puede también ver la fe como la búsqueda de una forma de conciencia, en la que cada tragedia personal se transforme en una posibilidad de autoperfeccionamiento, cada derrota en una oportunidad de ser una persona mejor. La religiosidad es uno de los intentos más antiguos de zafarse del trajín hedónico diario, y, en el ámbito individual, parece ser muchas veces una de las estrategias más exitosas de alcanzar un estado de permanente estabilidad; en cualquier caso, mejor que todas las drogas que hemos descubierto hasta la fecha.

Y ahora parece como si la ciencia nos arrebatara esta posibilidad. Entretanto, se da toda una rama de programas de investigación, que apuntan a los orígenes evolutivos de la religión. Una buena visión de conjunto la ofrece Daniel Dennett, de la Universidad Tufts, en *Breaking the Spell* ("Rompiendo el hechizo"). Seguramente es correcto que el desarrollo del automodelo consciente nos ha hecho inteligentes, pero, con toda seguridad, no fue ningún paradigma de "diseño inteligente". Si el proceso, que nos ha generado, hubiera sido una persona, se le debería calificar de cruel, quizás incluso de diabólica. Habría, pues, llegado la hora de una rebelión. Pero todo tiene el aspecto como si no hubiera ningún sospechoso o alguien contra quien se pudiera uno rebelar, ni siquiera nosotros mismos entramos en consideración para eso. Nosotros *somos* parte de ese proceso.

El desencanto del yo

Quizás es éste el punto clave de la neuroantropología: si la investigación del cerebro dilucida nuestra propia

3. EL "ALMA", ¿es sólo objeto de investigación de los estudiosos de la cultura? Sea como sea, en los laboratorios de investigación cerebral se la busca en vano.

conciencia como fenómeno natural, entonces ya no se presta como plano de proyección de nuestras ansias y esperanzas metafísicas. Si la ciencia natural no sólo deshecha el mundo, sino también a nosotros mismos, ello podría privar de su encanto a nuestras relaciones interpersonales. ¿Se puede deshacer el encanto sin perder la solidaridad? Está claro que una afrenta o humillación lleva siempre consigo una merma de la autoestima. Pero ello no significa que tenga que desaparecer también la consideración que uno se debe a sí mismo. Al contrario, si es, pues, cierto que racionalidad y moralidad son las características que nos diferencian de todos los otros seres de este planeta, entonces ha llegado, precisamente ahora, el momento de aducir pruebas. El cómo lo debería mostrar una nueva disciplina filosófica, la neuroantropología normativa.

Hay también aspectos positivos en el ser humano que, en el marco de una imagen materialista del mundo, destacan con sorprendente claridad. Imaginemos que el giro naturalista en la imagen del mundo es irrevocable y que se muestra verdadera una versión fuerte del materialismo. En ese caso cambiaría de repente radicalmente nuestra visión del universo físico. Deberíamos asumir que el universo tiene un potencial intrínseco para la subjetividad. Tendríamos entonces una teoría sobre cómo podía originarse, en este universo físico "dejado a sí mismo", no sólo vida y organismos biológicos dotados de sistema nervioso, sino también modelos conscientes del mundo, automodelos fenoménicos y robustas perspectivas internas, que, por su parte, abrían la puerta a un universo social, al lenguaje, a la comunicación simbólica y a una genuina historia del pensamiento.

Nosotros *somos*, pues, algo especial, porque se manifiesta en nosotros un tránsito significativo de fase: nosotros hemos traído al universo físico una poderosa forma, transmitida conceptualmente, de subjetividad. Fuimos los primeros seres conscientes para quienes el mero hecho de su propia existencia se convirtió en un problema teórico. Inventamos la filosofía y, más tarde, las ciencias de la naturaleza, y desarrollamos un proceso abierto y duradero de adquisición de conocimiento por medio de equipos de científicos que, a lo largo de siglos, elaboraron teorías cada vez mejores sobre la realidad. Entramos ahora en una nueva fase histórica: la moderna investigación de la conciencia ilustrará la historia del

origen del automodelo fenoménico y así nos proporcionará conocimientos más profundos de las condiciones de posibilidad de la ciencia misma.

Puesto que vivimos este proceso conscientemente y desarrollamos, a la vez, nuevas técnicas para condicionar nuestro propio cerebro, paso a paso, se irá transformando también el contenido y la estructura de nuestro automodelo. Por eso, hasta un materialista radical tendrá que admitir que el hombre es algo muy especial, porque no sólo su conciencia, sino muy en particular su tendencia a saber agrega al universo físico cualidades enteramente nuevas. En cierto sentido podría afirmarse que, a través de nosotros, se ha elevado el grado de la autosemejanza: las partes empiezan a reflejar el todo en un nivel nuevo de complejidad y lo hacen de una forma integrada. Esta nueva forma es lo que, a veces, los filósofos denominan "unidad de la conciencia": las partes representan el todo a la vez como unidad general. Somos los primeros seres que movilizamos, en favor de la unidad del saber, la unidad, surgida naturalmente, de su conciencia; si una neuroantropología reduccionista quiere resultar convincente, deberá aclararnos también este hecho.

Pero queda todavía un segundo aspecto positivo en la nueva imagen del hombre. Es la increíble profundidad de nuestro espacio fenoménico situacional: la teoría matemática de las redes neuronales y la moderna investigación del cerebro han desvelado cuán gigantesco es el número de posibles configuraciones neuronales del cerebro y cuán inabarcable el espacio de posibles vivencias subjetivas. Para la mayoría de nosotros, se trata de un fenómeno inconsciente; lo que no empece que nos sitúe en una nueva perspectiva: el potencial de nuestro espacio vital, el número de diferentes estados de conciencia posibles en un mismo ser humano, es esencialmente mayor de lo que sospechamos. Nuestra individualidad, la singularidad de nuestra vida mental y, quizá, lo que designamos como nuestra "dignidad", tiene mucho que ver con *qué* senda tomamos a través de nuestro espacio fenoménico situacional.

Ahora empezamos a tomar conciencia de ese hecho. La neurotecnología moderna nos proporcionará cada vez mejores instrumentos para aprovechar nuestras posibilidades. Prótesis cerebrales y neurotecnología médica representan sólo el principio de lo que yo llamo "tecnología de la conciencia", la

neurotecnología es fenotecnología. La propia vivencia fenoménica estará tecnológicamente disponible, paso a paso, y podremos cultivarla e influir en ella de una forma algo más sistemática y eficaz.

Eso significa que no sólo poseemos un enorme potencial de actuación, sino quizá también una nueva forma de autonomía: podemos intervenir activamente en nuestro propio cerebro, explotar nuevas áreas de conciencia y tal vez nos será posible optimizar nuestra mente en una dirección distinta de la que hasta ahora ha tomado la evolución biológica. No obstante, uno no debería hacerse ningún tipo de ilusiones románticas precipitadas. Habrá que averiguar si se puede mejorar un sistema que ha sido optimizado a través de un tiempo dilatadísimo, sin poner en peligro su estabilidad.

Cultivar la conciencia

Para mí, este aspecto de la nueva imagen del hombre incluye una buena noticia y, a la vez, ulteriores peligros. O hallamos una forma de manejar, de manera inteligente y responsable, todas las nuevas posibilidades de acción o afrontaremos una serie de riesgos, desconocidos hasta ahora. Si nos arriesgamos, pues, a dar el salto desde la antropología descriptiva a la normativa, entonces deberíamos tratar de combinar de forma creativa nuestras dos fuerzas recién descubiertas: hemos de adoptar, con un método racional, una decisión sobre qué aspectos de nuestra propia conciencia queremos cultivar en el futuro. Y deberíamos pensar cómo se configura este salto, de suerte que eleve de nuevo nuestra racionalidad y lleve a concepciones científicas inéditas. De lo contrario, el precio del autoconocimiento neurocientífico podría ser demasiado alto y la descodificación de la mente y cerebro convertirse en una empresa que no compensara los gastos.

THOMAS METZINGER es catedrático de filosofía en la Universidad Johannes Gutenberg de Maguncia

Bibliografía complementaria

BREAKING THE SPELL: RELIGION AS A NATURAL PHENOMENON. D. C. Dennett. Viking Books, 2006.

"BEING NO ONE" - EINE SEHR KURZE ZUSAMMENFASSUNG. T. Metzinger en *Grundkurs Philosophie des Geistes. Band I: Phänomenales Bewusstsein*, págs. 421-476. mentis; Paderborn, 2006.